

Capítulo 129 - Fuente hecha por mujeres

Su coño se contrajo violentamente, chorreando fuerte alrededor de mi polla.

¡Psss!

Fluidos calientes salpicaron mis muslos y las sábanas, todo su cuerpo temblaba mientras el orgasmo la atravesaba.

Pero no me detuve. No pude.

La intensidad aumentó, mis bolas se apretaron mientras sentía que mi propia liberación se acercaba debido a lo apretado pero suave y resbaladizo que se había vuelto su coño.

Ella era simplemente demasiado ahora.

¡PAHHH!

Con un último y salvaje empujón, me enterré profundamente y me corrí, inundando su útero con espesos chorros de semen.





"¡Tomatelo todo!"

Ella gritó de nuevo.

"¡ANNNNGGHHHHH—!"

Su cuerpo se convulsionó, su coño exprimiendo cada gota mientras sus caderas se retorcían como si su coño estuviera chupando mi polla como una pajita, y el desbordamiento se derramaba en cremosos chorros por sus muslos.

La intensidad de su orgasmo me golpeó como una ola de reacción, sus paredes internas se apretaron tan fuerte que sentí como si estuviera tratando de guardar hasta la última gota dentro.



Gemí, y mi visión se nubló por un segundo al alcanzar el máximo placer, pero no me retiré, todavía no. En cambio, dejé que mi peso se desplazara hacia adelante, cayendo sobre su espalda mientras ella se desplomaba completamente sobre la cama debajo de mí.

Cayó de bruces, boca abajo sobre las sábanas de seda, con la cara pegada al colchón y el trasero ligeramente levantado. Sus enredaderas se movían débilmente a nuestro alrededor, algunas envolviéndose en mis brazos como implorando clemencia, pero sus gemidos no cesaron; se convirtieron en gemidos preocupados y entrecortados, amortiguados por la tela.



"Ahhn... mari-marido... e-espera..." jadeó, con la voz temblorosa y el cuerpo estremeciéndose bajo mi peso. En mi interior, podía sentir su preocupación a través de nuestro vínculo: le preocupaba que hubiera presionado demasiado, que su estrechez me estuviera abrumando, o tal vez que siguiera hasta que se rompiera. Pero su coño la traicionó, aún revoloteando alrededor de mi polla, caliente y necesitada.

Me reí entre dientes con sarcasmo, aún no había terminado. "No pararé, Mei". Le di dos embestidas más —ipah! ipah!—, penetrando profundamente su hipersensible centro. Las húmedas palmadas resonaban en la cámara mientras los jugos frescos chorreaban alrededor de mi miembro.

"No... no puedo sentirlo", gimió, con la voz quebrada por una mezcla de cansancio y alarma, y su cuerpo se sacudía con cada impacto.



Me detuve a mitad de la embestida, la confusión atravesando la neblina. "¿Qué?"

Giró ligeramente la cabeza, con lágrimas corriendo por sus mejillas sonrojadas, sus ojos oscuros abiertos y preocupados. "No siento la parte inferior de mi cuerpo..."

Me reí entre dientes, un sonido bajo y cariñoso, incluso mientras mi polla palpitaba dentro de ella, sintiendo cada contracción de sus paredes. "Pero lo presiento, me estás matando, ¿sabes?", murmuré, inclinándome para capturar sus labios en un beso profundo y posesivo. Nuestras lenguas se entrelazaron



desordenadamente, sus gemidos vibraron en mi boca mientras reanudaba las embestidas, lentas y deliberadas ahora, prolongando la sensación.

Gimió contra mis labios, pero me devolvió el beso con desesperación, arqueando el cuerpo a pesar de sus palabras. Me dejé correr de nuevo, liberando unas cuantas gotas más de semen en lo profundo de su coño, llenándola unos segundos más hasta que mis bolas se sintieron completamente vacías, secas por su calor insaciable. El exceso se derramó en chorros constantes, empapando las sábanas bajo nosotros.

Finalmente, rompí el beso, separándome lentamente de ella. Mi polla se deslizó con un chasquido húmedo, dejando su coño abierto y goteando. Me acosté a su lado y la abracé con fuerza, atrayendo su curva hacia mi pecho. "Sabes, después del sexo, siempre abraza a tu esposa", dije con naturalidad, acariciando su cabello. "Le recuerda que la amas, no solo la follas".



Se derritió en el abrazo, su cuerpo aún temblando por las réplicas, con las enredaderas envolviéndonos suavemente. La abracé más fuerte y le di un suave beso en la frente. "Eres increíble, Mei".

Sus labios se curvaron en una tímida sonrisa y frotó su nariz contra mi pecho, inhalando mi aroma. "Tú también, esposo", susurró con voz suave y contenta.

Me reí, el sonido retumbó en mi pecho, listo para atraerla aún más cerca, cuando de repente, una voz interrumpió el momento íntimo.

"Entonces, señor Emperador, creo que si ya terminó con su romance, ¿puedo darle este informe?"

‘!’

Mei y yo nos quedamos paralizados, girando la cabeza hacia el origen de la voz. Allí, de pie al borde del dormitorio, con los brazos cruzados y una ceja perfectamente arqueada, estaba Feng Lianhua.

Sus voluptuosas curvas de MILF estaban envueltas en su habitual túnica azul hielo, pero la forma en que se ajustaba a sus enormes pechos y anchas caderas dejaba claro que no estaba allí solo por negocios. Sus ojos azul pálido nos miraron fijamente, con una mezcla de diversión y algo más agudo —¿celos, quizás?—, pero sus labios se curvaron en una sonrisa cómplice.

—¡F-Feng! —chilló Mei, con el rostro enrojecido mientras se apresuraba a cubrir su cuerpo desnudo y cubierto de semen con las sábanas de seda.

Sus enredaderas se retorcían erráticamente, envolviéndola como zarcillos avergonzados, pero no podía ocultar cómo sus muslos aún temblaban por nuestra sesión maratónica. "¿C-cuánto tiempo llevas...?"



—Bastante —respondió Feng con frialdad, aunque sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas. Levantó un fajo de pergaminos y tablillas de jade, moviendo sus gruesos muslos al acercarse—. Mientras ustedes dos estaban... ocupados, yo he estado ocupándome de los asuntos del imperio. Pero si prefieren continuar, puedo volver más tarde.

Me reí entre dientes, incorporándome sin un ápice de vergüenza, con la polla aún semi-erecta y reluciente por los jugos de Mei. "No hace falta, mi reina de hielo. ¿Qué dicen? ¿Y por qué parece que vas a congelar todo el palacio?"

Feng entrecerró los ojos, pero apartó la mirada ligeramente, con la compostura quebrada apenas un poco. Dejó los pergaminos sobre una mesa cercana con un golpe sordo, mientras sus enormes pechos subían y bajaban con una respiración profunda. «Se trata de gastos y sumisiones. Todas las sectas y reinos de los territorios del sur han jurado vasallaje a tu nuevo imperio; ya son más de dos docenas, y llegan más enviados cada hora. Han enviado tributos: piedras espirituales, hierbas raras, incluso algunos artefactos antiguos. Los que no lo han hecho... bueno, se han reunido a las puertas del palacio. Una asamblea variopinto de cultivadores renegados, señores menores y ancianos testarudos».

Ella me entregó la tira de jade principal, sus dedos rozando los míos deliberadamente, pero sus ojos se desviaron nuevamente, aterrizando en Mei, quien todavía estaba sonrojada y envuelta en sábanas.





Los labios de Feng se apretaron en una fina línea y murmuró en voz baja, lo suficientemente alto como para que yo lo oyera: "Entonces, Mei tendrá la oportunidad primero, ¿eh? Claro que sí. Te gusta tanto".

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, impregnadas de un intenso tono de celos que hizo que Mei abriera los ojos de par en par, sorprendida. Feng se giró rápidamente, fingiendo ordenar los pergaminos, pero tenía los hombros tensos y sus anchas caderas se movían como si estuviera reprimiendo el impulso de salir furiosa.

Sentí una sonrisa extenderse por mi rostro. Ah, mi reina de hielo, siempre tan serena, pero tan fácil de irritar cuando se trataba de compartir. Antes de que pudiera dar un paso más, me moví como un rayo, apareciendo detrás de ella en un instante.



Mis manos se deslizaron alrededor de su cintura, una ahuecando su enorme y pesado pecho a través de la fina tela de su bata, mis dedos hundiéndose en la suave y dócil carne.

Mi polla, todavía dura y palpitante por la sesión con Mei, presionaba firmemente contra su culo regordete, moldeándose perfectamente en la grieta entre sus gruesas mejillas como si perteneciera allí.

Ella jadeó, su cuerpo se tensó, pero no se apartó. "T-Tianlong... ¿qué estás...?"



Froté mi cara contra su cuello, inhalando su aroma fresco y helado mezclado con el leve calor de excitación que ella siempre trataba de ocultar.

"¿Crees que alguien puede ponerme así de duro con solo pararse frente a mí?", murmuré en voz baja y ronca, mientras apretaba su pecho con más fuerza, sintiendo el grueso pezón endurecerse bajo mi palma como una baya madura.

Ella hizo una mueca, un suave gemido escapó de sus labios a pesar de sí misma, sus anchas caderas presionando contra mi polla instintivamente.

"Ah... tú..." La voz de Feng era entrecortada, su habitual fachada de reina de hielo se quebró cuando le pellizqué el pezón a través de la bata, haciéndolo rodar entre mis dedos con la presión justa para hacer que sus rodillas se doblaran ligeramente.



Su culo apretaba mi polla como si fueran sus manos para soportar su caída mediante una contracción firme.

Me reí entre dientes, deslizando mi mano libre hasta su montículo sobre la tela, sintiendo la humedad que ya lo empapaba. "Te follaré después de que nos encarguemos de esa gente. ¿Te parece bien?"